

EL CONOCIMIENTO PERSONAL EN M. POLANYI

ELSIE R. DE POWELL

Estamos acostumbrados a creer que sólo existe el conocimiento explícito que admite la articulación por medio del lenguaje. Pero existe en el otro extremo del continuo cognitivo lo que Polanyi llama la dimensión tácita o no siempre verbalizable del conocimiento, que le hace decir que "sabemos más de lo que podemos expresar". No existe una dicotomía entre ambas formas de conocimiento sino un correlato activo y permanente.

El conocimiento explícito, el que podemos articular conceptual y verbalmente, está siempre afincado en el conocimiento que no se articula de manera explícita, o a veces, simplemente, no puede articularse, si bien gravita permanentemente en el acto de conocer. Uno de los esfuerzos de Polanyi fue precisamente flexibilizar el modelo epistemológico y rescatar aquellos factores que en su opinión había perdido el conocimiento científico, y que habían traído resultados negativos en la biología y otras disciplinas.

Al proponer un "conocimiento personal" para la ciencia, uno podría pensar si no estaba cayendo en una contradicción. ¿No es acaso la ciencia el ámbito de la objetividad, y aquel donde los criterios personales deben dar paso a lo universal? Polanyi no lo niega, pero trata de demostrar con abundantes ejemplos el sentido que tiene la

palabra objetividad, cuando está ligada a la participación activa y personal del cognoscente. Se trata más bien de un compromiso con la realidad, donde cada afirmación es a la vez un acto de fe en la posibilidad de alcanzar una verdad que aunque no se nos da de manera absoluta, nos estimula permanentemente a alcanzarla.

Su insistencia en que el conocimiento es un acto de fe, y que sin ella es imposible explicar el avance de la ciencia no ha sido siempre bien comprendido, y hasta se ha llegado a pensar que propugnaba una vuelta al subjetivismo. Pero nada hay más alejado de eso. Cada acto de apreciación y evaluación personal nace de la responsabilidad individual pero lleva de manera implícita e ineludible, la urgencia de trasmitirla a otros y someterla a examen.

Este gran epistemólogo húngaro nacido, a fines del siglo pasado, se graduó de físico-químico cuando el clima científico y filosófico del círculo de Viena había llegado a su auge. Su primer trabajo de investigación sobre la química del líquido encefálico, a los 19 años, lo llevó a interesarse por la medicina, y a los 23 años, ya graduado, comenzó a trabajar en la aplicación de la teoría cuántica a la absorción hidrocefálica. En esa situación lo sorprendió la primera guerra mundial. Su reclusión en el hospital, después de haber contraído difteria en el frente, le permitió continuar su trabajo durante la convalecencia. De esta época data su contacto epistolar con Einstein, por entonces un físico ya reconocido, quien apoyaba su investigación. Pero los resultados fueron rechazados en tres oportunidades por jurados de renombre internacional. Recién en 1930 logró el reconocimiento y su teoría aun hoy retiene vigencia. A pesar de haber sufrido personalmente la ceguera del autoritarismo científico, Polanyi siempre fue respetuoso respecto de la comunidad científica y del eventual consenso a favor de la verdad que

genera el diálogo.

Cuando trabajaba como investigador para Herzog, en Alemania, comenzó a fundamentar su primera convicción de importancia respecto del conocimiento. Se le hizo patente la habilidad de la mente para imaginar e integrar las aristas de un problema aun no estructurado, mediante un tipo de conocimiento que distaba mucho del que tradicionalmente se había erigido como el modelo de razonamiento científico. Cuando en 1933 Polanyi renunció a su cargo como protesta a la atmósfera del nazismo que ya se dejaba entrever, varias universidades le cursaron su invitación. Aceptó la cátedra de físico-química de la universidad de Manchester, donde trabajó por diez años, hasta que la universidad de Aberdeen lo contrató como investigador libre, oportunidad que aprovechó para volcarse a la epistemología. Fruto de este período es su obra magna *Personal Knowledge*, traducida a muchos idiomas.¹

Si tuvieramos que buscar un símbolo para comprender la visión que Polanyi intenta dar del conocimiento, sería la del explorador, con su coraje, sus dudas, su tosudez, sus errores y su intuición evaluativa que lo empuja a ir modificando paso a paso su mapa tentativo de la realidad, a medida que se apoya en pistas que va sopeando y reconociendo como verdaderas o falsas.

Ya hacia fines de los años veinte, Polanyi advertía una crisis en la civilización, y aunque su futuro científico era promisorio (contribuyó con alrededor de 2000 trabajos en ese ámbito), decidió volcar sus esfuerzos intelectuales a pensar el porqué de esa crisis. Para la mayoría de las personas se trataba simplemente de una cuestión de valores, pero Polanyi intuyó que lo que estaba en juego era algo más profundo. Porque la verdad, el bien, la belleza, no sólo eran cuestionados, sino que se habían tornado términos vagos, imprec-

sos, imposibles de definir. Cada circunstancia los tornaba, además, sospechosos de intereses creados. Polanyi se daba cuenta que retener ciertos ideales requería de argumentos difíciles de probar, más aún en nombre de la ciencia vigente. Y, sin embargo, eran esos mismos ideales los que sostenían, en su opinión, la gigantesca trayectoria científica de la humanidad.

Si el hombre de ciencia no creyera en la verdad, su búsqueda sería una farsa. Ni tampoco existiría la ciencia sin una confianza implícita en la realidad. Todo conocimiento tiene por tanto una raíz fiduciaria y apasionada y su carácter padece de la misma fuerza y vulnerabilidad del explorador que avanza sin saber del todo qué es lo que busca, evaluando sus hallazgos desde su propio criterio tentativo. Todo conocimiento, dice Polanyi, posee en mayor o menor medida, esa misma estructura.²

Aunque Polanyi fue crítico de ciertos aspectos de la epistemología moderna, fue también un amante de la ciencia que buscó constantemente devolverle los parámetros que estimularan tanto su creatividad como su vínculo responsable hacia lo humano. Su epistemología ha sido vista por esa razón como un puente entre las ciencias "duras" y el resto del conocimiento.³

El impacto de su pensamiento abarca una variedad de disciplinas. Dos de sus discípulos, premios Nobel de una década atrás, reconocieron expresamente la influencia de Polanyi en sus descubrimientos científicos, pero su impacto trasciende por lejos el dominio de las ciencias.

En polémica con algunos de los filósofos del lenguaje, mostró de muchas maneras que lo no verbalizado tiene —valga la contradicción— la última palabra. Es verdad que la operatividad del lenguaje se multiplica enormemente cuando se lo formaliza, pero la sola sim-

bolización, por más sofisticada que sea, no agrega nada por sí misma si no viene asistida por la ayuda de operaciones inteligentes no formales. Las matemáticas heurísticas por ejemplo, es decir, las teorías matemáticas de más alto nivel, no pueden ser hechas sin la ayuda de la intuición.⁴

El conocimiento científico se apoya tanto en datos sistemáticos y explícitos como latentes e intuitivos, es decir tanto verbales como no verbales. Polanyi observa que esta estructura bivalente se repite no sólo en la experiencia lingüística, sino en mayor o menor grado en toda otra forma de conocimiento. La identificación de formas biológicas con criterios finales para la aplicación de datos estadísticos, la fundamentación de operaciones lógicas de alto nivel, son algunos de los cientos de ejemplos que Polanyi muestra como instancias de este conocimiento tácito, instrumental, latente, no articulado, que a veces llama *insight*, pero prefiere englobar bajo el nombre general de conocimiento personal, porque no depende de reglas conocidas sino de la persona *misma* y su capacidad interpretativa.⁵

Si un paradigma, usando el lenguaje de Kuhn, es esa configuración de creencias, valoraciones y técnicas, que se priorizan en un determinado momento e influyen en la inversión de fondos para la investigación, el tiempo que se destina a ciertos proyectos y la forma en que se interpretan los datos o se eligen las metáforas favoritas, entonces Polanyi indudablemente fue, como se sostiene, el creador de un nuevo paradigma científico.

Sería injusto tomar sólo algunos de los aspectos de su teoría del conocimiento y aislarlo de otros, porque lo cierto es que Polanyi analiza minuciosamente cada uno de ellos y va demostrando de una manera muy gradual, que las cualidades no formales están pre-

sentés aún en la vida de los animales más primitivos, y son las que en grado superior harán pivotear todo acto cognitivo.

Cuando el científico plantea la estructura borrosa de un problema posible y lo vuelve explícito, está presente la contribución tácita y activa –que no debe confundirse con lo inconsciente del conocimiento–. La estructuración de un problema o su reconocimiento y eventual resolución, requieren más que información de datos. No sería posible hacerlo sin la ayuda de la imaginación y el esfuerzo creativo de la persona que decide si ciertas pistas podrían significar algo o no. El proceso por el cual alguien arriba por primera vez a esa solución es irreversible, y en la mayoría de los casos no formalizable. Siempre sabemos más de lo que podemos expresar en palabras. El conocimiento tácito está presente cuando un biólogo o un geólogo reconocen a partir de ciertas pistas aparentemente inconexas, patrones de sentido en la naturaleza o en la roca. El establecer paralelos estadísticos o poder afirmar "sí, eso es así", representan aspectos integradores del acto de conocer. Ya sea que se trate de prácticas rutinarias de laboratorio o hazañas teóricas, conocer es básicamente eso: un proceso de integración personal.⁶ Mover un dial para captar señales, observar las pistas en la pantalla de la computadora, apreciar la veta de un árbol, o dibujar un modelo teórico de un fenómeno físico, exigen una evaluación personal de datos, que no siempre es expresable en palabras. Cito a Polanyi:

"Como científicos nos comprometemos apasionadamente y mucho más allá de nuestra comprensión explícita, con una visión de la realidad. Definir la objetividad como menos que eso es vaciarla de contenido. Ser objetivos es amar la racionalidad de la naturaleza sin comprenderla to-

talmente. El tipo de orden que el científico afirma haber descubierto supera su cabal comprensión y su triunfo radica precisamente en las derivaciones insospechadas que confirman su intuición".⁷

En esta cita de Polanyi se resume su convicción de que es la persona la que establece para sí misma el estándar de lo correcto o lo falso, apoyándose en todo el aparato crítico que le antecede, y en su propia estimación de la realidad, siempre en un esfuerzo comprometido y apasionado por universalizar los resultados como verdaderos.

En el último capítulo de su libro *Conocimiento personal* Polanyi deja en claro que no ha querido hacer otra cosa que "reequ coastar a los hombres con esas facultades de las que años de pensamiento crítico le enseñaron a sospechar". Intentar definir lo que se conoce, en términos neutros como lo hace el modelo positivista, es mutilar su comprensión. Por eso es que carece de significado, aunque sea indispensable y útil para otros fines, describir la vida biológica, por ejemplo, en términos puramente físico químicos, no porque esos aspectos sean ajenos al sistema, sino porque sólo alcanzan a definir sus condiciones pero no pueden dar cuenta de su propósito funcional.⁸

La disposición alerta y exploratoria que respalda la tarea del conocimiento en sus niveles más sofisticados de vida humana, —y que ya está presente en grado primitivo en la vida elemental de los primeros organismos vivos— es ese centro activo y deliberadamente automotivado sin el cual no se hubiera desarrollado la vida de la misma manera. Es esto lo que acompaña el conocimiento y no puede estar ausente de la aventura de la ciencia, *ni de la vida humana misma* en su avance hacia nuevas formas de existencia.⁹

Uno de los supuestos más negativos de nuestra propia generación fue pensar que todo conocimiento defendido de manera comprometida y personal, era por esa misma razón, subjetivo e insustancial. Polanyi reconoce que la búsqueda de una verdad científica que respalde el compromiso con lo humano es un concepto imprecisable, y que todo emprendimiento está ligado a la cultura a la que se pertenece, pero no por esto cae en el relativismo.

Cree que el persistente esfuerzo por negar la persona humana y dudar de la realidad, no puede sino llegar a deformaciones como las que señala Polanyi. Por ejemplo, estudiar la mente humana y pretender que no tiene otros aspectos que aquellos en los que guarda semejanza con las computadoras, o estudiar las especies biológicas y pretender que todo queda explicado por el determinismo de niveles físicoquímicos, o estudiar la vida social reduciéndola a las leyes de un ecosistema natural no importa cuánta validez posean sus similitudes, lleva inevitablemente a la esquizofrenia de dos mundos que se contradicen: el de la persona como responsable de toda vida creativa y alerta, sensible e imaginativa, enfrentada a las definiciones deformadas de una ciencia que niega que él sea lo que es.

Tener confianza en el valor y el potencial de la persona humana y en la ciencia como una pasión por la verdad exige creer en valores que no se pueden definir objetivamente. Haber reducido esos factores a dimensiones pedestres con términos meramente convencionales en nombre de una cientificidad más objetiva, ha contribuido en su opinión a la crisis más severa de la civilización occidental.¹⁰

Pero Polanyi es optimista. Tarde o temprano, dice, se produce el fenómeno curioso de que quienes más se esfuerzan por reducir esos valores intangibles a meros pigmentos de la imaginación, terminan delatando por su misma pasión una preocupación que tras-

ciende por lejos el marco de sus propias teorías.

Polanyi trae a colación la revolución húngara de 1956, hecha por comunistas que cansados con el engaño, prefirieron sacrificar su vida por una sociedad mejor. Cuando los comentarios occidentales quisieron hallar una explicación a la revolución, la buscaron en todo tipo de factores circunstanciales. Polanyi siguió insistiendo en que se trataba básicamente de un fenómeno que delataba la aspiración de hombres que preferían una sociedad basada en la verdad y no en la mentira. Pero la presión en contra de ideas tan desprestigiadas por el relativismo —como el simple amor por la verdad— era demasiado fuerte. Los analistas políticos se veían obligados a borrar argumentos de ese tipo, porque la opinión científica consideraba que un lenguaje que trascendía los límites de lo verificable carecía de sentido.¹¹

La otra ilustración que usa Polanyi para denunciar este clima fue la explicación que por más de veinte años se dio del descubrimiento de Einstein en todos los textos de historia de la ciencia. Se trataba, según ellos, del paso necesario que debía dar después de los experimentos de Michelsen y Morley, y se lo acreditó como un triunfo del positivismo lógico. Pero el propio Einstein señaló en su autobiografía que su descubrimiento fue fruto de la intuición y la imaginación. Los mismos fenómenos habían sido observados, pero descartados como irrelevantes, por el resto de los hombres de ciencia, o habían recibido una interpretación diferente. La versión de que se trataba de un triunfo del método empírico persistió, empero, durante años. Para Polanyi siempre se trató del triunfo conjunto de la audacia imaginativa, la pasión por la verdad, y la racionalidad inherente de lo real, valores totalmente desprestigiados por la ciencia vigente en ese momento.¹²

Polanyi se pregunta por qué el operacionalismo o la cibernética que impulsó la ciencia moderna no desentrañaron la lógica del conocimiento personal, siendo que éste contribuyó tanto a su avance, y se lamenta de que el esfuerzo por reducir todo conocimiento a términos estrictamente impersonales haya frenado la reflexión sobre el conocimiento mismo, conocimiento que por su carácter herurístico, jamás puede ser *impersonal*.

La materia inanimada sobre la que se basa la vida, dice Polanyi, es apenas una condición de posibilidad para su sostén. Pero sólo podría haberse originado por la acción ordenadora de ese principio creativo que él halla en la base del conocimiento.

Reconocer que aun la lombriz explora el mundo y controla sus movimientos selectivamente para sobrevivir debería hacernos reconocer que cada acto de conocimiento que realizamos en un contexto de posible error o verdad, y con expectativas no totalmente fundadas, también equivale a *sobrevivir*.

Independientemente del modelo neuronal que se quiera dar a esa creatividad, no se la puede reducir a una simple autoconciencia. Ser conscientes de estar escribiendo poesías no es lo mismo que crearlas. Polanyi nos insta a recuperar la fe en la persona humana. Lamentablemente, esa fe que para él está en la base de la ciencia ha dejado de ser la fuerza que nos impulsa a buscar lo que está más allá del campo de observación. Y ha sido tan desacreditada que el hombre de ciencia ha perdido su capacidad de aceptar un enunciado como su propia creencia, por temor a que se lo tome por conocimiento subjetivo y carente de universalidad. Pero es preciso reconocer que la ciencia sólo va a existir mientras exista una fe apasionada por la verdad y aun cuando reconozcamos que nuestra apreciación de ella es limitada y su transmisión incierta.¹³

Si el hombre que ahora es llamado a participar de la historia puede reconocer borrosamente su llamado a ser hombre, entonces el conocimiento tendrá que tener la estructura de un compromiso con la vida, ineludiblemente basado en una elección personal.

NOTAS

- (1) Richard Gelwick. *The Way of Discovery: A Biography of M. Polanyi*. Ed. Oxford University Press, p. 54, New York, 1977.
- (2) Michael Polanyi. *Personal Knowledge*. Cap. 8: "The Logic of Affirmation", Ed. Routledge and Kegan Paul. Londres, p. 268.
- (3) J. H. Gill, en *International Philosophical Quarterly*, marzo 1980. "Of Split Brains and Knowledge".
- (4) Michael Polanyi, *Personal Knowledge*, cap. 5, "Articulation", p. 91.
- (5) Op. cit., cap. 5, punto 10, "Understanding Logical Operations", p. 117.
- (6) Op. cit., cap. 11, "The Logic of Achievement", p. 328.
- (7) Op. cit., cap. 8, "The Logic of Affirmation", p. 255.
- (8) Op. cit., cap. 12, "Knowing Life", p. 359.
- (9) Op. cit., cap. 11, punto 5, "Originality in animals", p. 335.
- (10) Op. cit., cap. 9, "The Critique of Doubt", p. 270.
- (11) Richard Gelwick, *The Way of Discovery*, Introducción, XIII.
- (12) Michael Polanyi, *Personal Knowledge*, cap. 1, "Objectivity", p. 9.
- (13) Op. cit., cap. 10, "Commitment", p. 321.